

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré vive Dios,
á ninguno de esos dos.

Piense decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo, que me lea

SOCIAL

AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año 3,00 pesetas
Un semestre 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador. | NUM. 97

Pravia 20 de Diciembre 1903

Ejemplo notable

La persona á quien aludí en el artículo anterior, y cuya conducta creo yo que pudieran y debieron imitar muchos católicos, dióme cuenta de su campaña moralizadora en las siguientes palabras:

«Cuando llegué á D pude advertir que pasaba allí lo que en las grandes ciudades, donde yo siempre había vivido: no entraban en el pueblo más que un par de periódicos católicos, verdaderamente católicos, mientras los malos llegaban á varias docenas, que eran leídos con avidez por personas á quienes yo veía en la Iglesia, y por sus mujeres é hijos, como si se tratase de la cosa más natural del mundo.

Y es claro, en las conversaciones, sobre todo si éstas giraban sobre cosas de actualidad, empecé á notar desde luego que no en vano se leían los periódicos aludidos. En efecto, sobre todas las cuestiones se discurría con un criterio marcadamente naturalista: hablábase de la Iglesia como de una simple sociedad humana; del Romano Pontífice, como del presidente de un gran partido internacional; del Obispo y del Párroco, como de simples funcionarios del estado, como del gobernador ó del alcalde.

En fin, aquellos hombres, por otra parte al parecer muy buenos católicos, discurrían y hablaban como los periódicos por ellos leídos diariamente: y siendo éstos racionalistas prácticos, anticatólicos de hecho, en la manera de comentar los sucesos, aun cuando algunos se proclaman católicos de nombre, excuso decir que el lenguaje de mis nuevos vecinos tenía muy poco de cristiano.

Este fenómeno, por demás desagradable, me dió mucho en qué pensar. Hoy, me decía, vivimos aquí alejados de las luchas religiosas, pero con esos periódicos se está preparando el terreno para que no tarden en venir y para que en llegando, la causa de la verdad reciba golpes muy rudos.

En su consecuencia, creyendo que ése era mi deber, propúsememe poner todos los medios para alcanzar que diarios católicos vinieran á ocupar el puesto de los que entonces se leían con grave daño de muy buenos católicos. El privar á un hombre de la lectura de un periódico alcualse halla acostumbrado, es cosa bastante difícil, pero precisamente el origen de semejante dificultad es la causa de que sea preciso conseguir ese resultado. Esa dificultad procede de que el lector se encariña con él, se hace insensiblemente su esclavo; pero siendo el periódico malo, ya se puede suponer lo que de ahí resultará y por lo tanto cuán preciso es impedir semejante lectura.

Para ello procuré tratar á cada uno según me dictaba la prudencia, poniendo los medios que me parecían más conducentes al fin perseguido. El éxito más lisonjero ha venido á coronar mis esfuerzos.

De los que leían periódicos malos, algunos eran al poco tiempo grandes amigos míos. Tuve, pues, valor para plantear la cuestión en términos claros, exponiéndoles las razones poderosísimas por que debían dejar los diarios que leían y suscribirse á otros que yo les recomendaba. Con esto y con prestarles durante algunos días los que yo recibía, á fin de que les tomasen el gusto, conseguí mi objeto. Apenas compararon algunos números y vieron cómo relataban ó comentaban unos y otros los mismos sucesos, comprendieron el disparate que estaban haciendo y á los pocos días eran suscriptores de periódicos católicos.

A la inmensa mayoría, sin embargo, no era posible atacarla de ese modo, y antes de nada quise

que por sí mismos leyeran á menudo periódicos católicos á fin de que los cobrasen afición y me fuera después más fácil hablarles claro. Para conseguir eso agoté todos los recursos de mi ingenio.

En cuanto entraba con alguno en conversacion, procuraba mencionar algo de lo que mis periódicos traían, y en cuanto me declaraba que no lo había leído, yo le contestaba que allí precisamente tenía el número. Lo sacaba del bolsillo y rogaba á mi interlocutor que lo llevase. Así fui metiendo mis periódicos en muchas casas, haciendo que los leyeran de vez en cuando los que sólo leían periódicos nada recomendables.

Otro medio para llegar al mismo resultado preparatorio consistió en enterarme cuidadosamente de los diversos gustos de todo género de personas. En tal casa había un caballero á quien gustaban los estudios financieros, pues á él iban mis periódicos en cuanto traían algo de hacienda; en tal otra supe de una señora que se moría por las novelas, pues á ella iba diariamente alguno de mis diarios, que trajese novela interesante; aquella niña gustaba de versos y de charadas, pues ídem de lienzo, y así con todos.

En el café procuraba leer siempre alguno de mis periódicos, que una vez terminado dejaba sobre la mesa: casi nunca faltaba quien lo cogiese para echarle un vistazo, el cual cada día solía durar más. En una palabra, mis periódicos casi nunca se inutilizaban en mi casa, y yo excogitaba cada día medios nuevos para hacer que los leyesen más personas. Una de las travesuras que mejor resultado me dieron, sobre todo tratándose de los periódicos de la capital, consistió en remitir á éstos á menudo croniquitas y noticias referentes al pueblo. No pasaba en él nada saliente, por poca que fuese su importancia, sin que yo acudiera á uno de dichos periódicos con el consiguiente soplo. Cuando venía la crónica ó la noticia, el periódico andaba todo el

pueblo, atravesándose las simpatías de todos los vecinos. ¡Qué fácil es este sistema de las noticias locales para propagar la buena prensa, y qué poco se usa!

Cuando ya comprendía, yo que en una casa era bien visto un periódico católico, aprovechaba cualquier ocasión para recomendarlo, discurriendo brevemente sobre la necesidad de leer periódicos buenos y de no hacer lo mismo con los malos, y ofreciéndome yo á pedirlos, «pues precisamente tenía que escribir aquellos días.» Yo siempre tenía que escribir á los periódicos buenos, con lo cual conseguía que aquellas excelentes personas no temieran molestarme al decirme: Bueno, hombre, suscribame usted.

Así conseguí, en algunos meses, hacer que todos mis vecinos trocaran los periódicos anticatólicos por otros de sanas ideas. ¿Que de éstos cuáles recomendaba? Indistintamente, los que escogían las personas de referencia: lo principal era que fueran periódicos francamente católicos, importándome muy poco sus diferencias accidentales.

Hasta aquí mi amigo.—¿Cuánto bien ha hecho! ¿No podemos todos hacer lo mismo?

X. Y. Z.

"LOS INCANSABLES"

(POEMA)

Canto II

Donde se refiere la primera y memorable salida del ya famoso *Caballero de la Navis*. Llega á la redacción de *El Progreso de Asturias*, y júzgase en la Hotentocia; elige tres cafres para que le acompañen; descripción del amanecer que da la hora y media, con dos días de retraso, por el reloj de Mino. (1)

«¿A qué varón ó héroe pretendo
gloriar mi flauta y celebrar mi lira?
¿quién mi fogosa inspiración enciende?
¿por quién mi afán suspira?
¿Cuyo es el nombre que repite el eco
en las alturas de Helicón sombrío?
¿por qué rodando por el Hemo helado
llevan las auras el poema mío?»

¿Es por ventura Carballeira Augusto?
¿es por ventura Meco?
¿tiene que ver con Rómulo ó con Diana?
¿caso fué de Alcides el cuñado?
¿Por qué motivo entonces con tal gusto,
cantan su gloria todos soberana?
Yo juro que lo ignoro,
pero ha de ser cuestión de su valía;
pues ya de un mes el vulgo le decía:
esta nariz, Pepín, vale un tesoro.
Pero, volviendo al canto interrumpido,
después que en su tejado
determinó salir á la ventura
descendió á su aposento,
y por su afán movido,
sin que dijera nada á su criado,
se puso la armadura
(vulgo gabán, anteojos y levita),
se acicaló un momento,
y empuñando una lanza,
salíó á buscar el hombre un Sancho Panza,
como lo hiciera aquel de la Figura.
Y ya en la calle está; vedle, valiente,
desafiando intrépido á la gente
como á viles follones;
ved cómo quedan los que pasan, muertos
al mirarle, de riza;
y vedle, en fin, echando unos sermones
sobre los mil entuertos
que fino á tal la célebre Belisa.
El diablillo rabiaba,
al escuchar sus cosas, de alborozo,
y, para así tenerle mas seguro,
tocó las galas que Pepín llevaba,
y les dió un tinte oscuro,
para que viera mal el pobre mozo.
Y por cumplir mejor su cometido,
el demonio travieso,
soplándole al oído,
le encaminó á la imprenta de *El Progreso*.

(Continuara)

(1) En este momento recibo una atenta tarjeta del señor de las de Estévanéz, quien por ella me dice que su reloj ni da la hora, ni da más que lo que él le manda. Y así, cuando quiere que su reloj de moquetes, su reloj de moquetes; cuando quiere que su reloj de tiros, su reloj de tiros; cuando quiere que su reloj de calabazas, su reloj recibe calabazas y en fin, que su reloj es una persona muy honrada, y que no tengo por qué meterme con él, y que si quiero algo que busque padrinos y que etcétera, etc.

Según secreto testimonio del señor Alvaro de Alcorchoque, Mino no es responsable de sus hechos: perdió el juicio desde que se le atragantaron dos reales de queso de *afuega el pitu* que compró.

Cuentos sociales

VIII

Patrones por patronos

Para salir del paso en la presente historia, vamos á suponer, caro lector, que en una parte cualquiera de la España, Asturias, por ejemplo, existe el pueblecillo X, teatro donde se desarrolla lo que te voy á narrar.

Siempre con el mismo objeto, supongamos igualmente, amadísimo lector, que en el precitado pueblo vive y come un pobre chico á quien llamaremos Pepe.

Supongamos que el tal es trabajador hasta la pared de enfrente, y algo más si se te antoja, y que no hay, por otra parte, pero ninguno que poner ni á sus costumbres ni á sus nobles sentimientos.

Supongamos, ya que de suponer se trata, que el chico de quien te he hablado trabaja en uno de los muchos talleres que en el precitado X tiene el señor D. Antonio, uno de los patronos mejores y más caritativos que existen sobre la faz de la tierra.

Supongamos que el susodicho caballero tiene una hija preciosa, angelical y todo lo que se quiera, á quien llamaremos Caridad.

Siguiendo siempre con nuestras suposiciones, supongamos igualmente que el chico á quien llamé Pepe, y que como dije arriba, trabaja en los talleres del padre de la muchacha, está ciegamente prendado de ella.

Y ya que por suponer no llevan al presidio, supongamos también que á la niña le gusta el citado chico, y que la chica quiere al chico.

Así, pues, y esto sin suposición, el único obstáculo que á la felicidad de entrambos se presenta es la desigualdad de las clases.

Siguiendo con las suposiciones, abandonadas en el párrafo anterior, supongamos que en el tiempo á que el cuento se refiere llegó al pueblecillo X un charlatán vividor predicando el socialismo, y, como consecuencia, la desaparición de las desigualdades sociales, la abolición del capital privado, y la muerte del salario, con otras muchas gollerías de que hablaremos en los cuentos que sucedan.

Supongamos que en cuanto oyó el bueno de Pepe aquello de la propiedad colectiva y de la igualdad de clases, creyendo que tales cosas en nada se oponían á sus convicciones, halagado por las promesas, y esperando de esta suerte alcanzar á su muchacha, supongamos, repito, que siguió á ojos cerrados al noble propagandista, que supondremos se llamaba don Ramón.

Supongamos que el bueno del proletario llegó á convencerse, gracias á las explicaciones del prócer, de que la tierra es un patrimonio común, y de que, por consiguiente, el exclusivismo es un robo y de que, como Rousseau, desaparecido éste y borrado el *invo* y *misó*, la sociedad sería un cielo; y de que... pero no, por ahora prescindamos de tales suposiciones porque no son necesarias: otro día seguiremos suponiendo.

Volviendo, pues, á nuestra historia, supongamos otros que por arte de Birlirloque ó de otro bicho cualquiera, después de reunidos unos miles de asociados, el suprascrito D. Ramón logró implantar en el pueblecillo X una sociedad económica que llenaba en todo las aspiraciones socialistas.

Supongamos, ítem más, que alcanzada tal ventura, la propiedad de las tierras, de las máquinas y negocios se hizo colectiva, aun cuando no las riquezas de la propiedad privada, por ser la cosa imposible.

Y supongamos, por fin, que desaparecieron las diferencias de clase, y por tanto los patronos.

Dije por fin más arriba, y me equivoqué, porque aun faltan muchas más suposiciones. Así pues, con tu permiso, amadísimo lector, sigo suponiendo. Y supongo que, logrado el colectivismo, comunes ya los medios todos de producción, en el dicho pueblecillo X, fué necesario establecer personal que se encargara de administrar y distribuir el común patrimonio; fué necesario establecer una clase desconocida para que vigilara los trabajos, señalara las horas, y estableciera los rendimientos de las comunes operaciones proporcionalmente al mérito del trabajador, según unos, ó á las necesidades del mismo, según otros.

Partiendo, pues, de esta suposición, necesaria en el socialismo autoritario, supongamos que fué preciso elegir á determinadas personas para desempeñar tales cargos; y una vez puestos aquél, supongamos que el parecer del proletariado fué el que ocuparan tales puestos D. Ramón el *leader* de la causa, y D. Antonio, el antiguo patrono, queridísimo de toda la clase obrera.

Y total cantimplora, como dicen los chiquillos; porque si antes había un solo patrono en el pueblo, ahora había dos, y aún eran pocos.

Pero no nos olvidemos de la historia. Volvamos á suponer.

Y hete aquí, lector amado, que en este caso supongo que el pobre de mi Pepito se desesperó del todo; porque él había trabajado una barbaridad por el triunfo de la causa, sin estipendio ninguno; porque las clases cuya abolición pedía, estaban á la misma altura; y porque su querida Caridad se hallaba todavía por las estrellas: se había reducido todo al cambio de un patrono por dos patronos.

Y supongamos que hecho el buen chico una furia se encaminó á la casa de don Ramón, el *leader* que le arrastrara con sus encantadoras teorías; y supongamos que con humos de basilisco le dijo:

—Usted es un tal y mucho más; porque usted me prometió que, triunfante el socialismo, las clases desaparecerían, y

yo me colocaría á la altura de Caridad y etcétera, etc.

—Pero yo no contaba con la huésped de que eligieran patrono á D. Antonio — supongamos que contestó D. Ramón.

—Pero ¿y por qué no influyó usted para que, caso de ser necesaria la desigualdad de clases, me eligieran á mí, ó á un compañero cualquiera de taller?—sigamos suponiendo que contestó mi Pepito.

—Pues sencillamente, porque ni tú ni tus compañeros servís para tal fregado; en primer lugar, sea por lo que se quiera, vosotros, los proletarios, no sabéis una palabra, luego mal os podrían elegir para gobernar á los demás; y en segundo lugar, aunque supierais, vuestras costumbres y vuestra conversación os fastidiarían. Aun más: suponiendo que estudiéis, como vuestra inteligencia por lo general está embotada (y tú me perdones) por lo rudo de la diaria ocupación, y como á todos no dió Dios (esto, suponiendo que el socialismo de D. Ramón fuera un socialismo raro y particular, que lo admitiera) y como á todos, repito, no dió Dios igual talento, vuestro estudio resultaría estéril.

Y supongamos ahora que al oír tales palabras se acordó de su idolatrada Caridad, de la que sólo el diablo de la clase le apartaba; y que vió por tierra todas las ilusiones concebidas; y que conoció que don Ramón le había estado engañando; y que, como era hombre, y no ángel, la obediencia espontánea y voluntaria á su patrono, de que nos habla Bebel, se sublevó, y sublevándole al mismo tiempo los nervios, supongamos, vuelvo á decir, que principió á moquetes al bueno de don Ramón, que de tal suerte preparara la tostada, que á costa de unos cuantos infelices había llegado á hombrear con el mismo D. Antonio.

Y supongamos que, por desacato semejante, fué necesario llevar á mi héroe á la cárcel, precisamente cuando esperaba irse á casa de su niña y pedírsela á su padre, puesto que ya eran iguales...

Y supongámosle preso, del todo desesperado...

Y supongamos, por fin, lector de mis entretelas, que en este histórico momento me fastidia un gran dolor de cabeza, y, pues con suposiciones ya he llenado mis cuartillas, quedese aquí para otro día la historia.

C. Cabal

LLANES

Sabedor EL ZURRIAGO de que en Llanes también se daban Narcisos *progresistas* y *regionalistas* que lo mismo plantan un artículo en *El Progreso* ó *La Región Asturiana*, que echan medias suelas y tacones á unas botas, mandó sin pérdida de tiempo á la pintoresca villa oriental un delegado suyo, debidamente autorizado para abrir amplia información é instruir sumario contra los perpetradores de semejantes desaguisados perisdísticos.

Con ello creía cumplir con un deber sagrado de su sagrada misión de desenmascarar á esos farsantes que tanta honradez, moralidad y justicia publican, y tan poca observan por su casa.

Pero ¡ay amigos! en Llanes se hace imposible toda investigación acerca de la vida y milagros de ciertos improvisados personajes.

Apenas echó pié á tierra el dele-

gado de los zurriaguistas, cuando con la velocidad del rayo circuló por toda la Villa la noticia, y los llaniscos poniéndose en guardia, cual si se tratara de un investigador de consumos, se encerraron en la más absoluta reserva, como se encierran siempre los españoles cuando la autoridad busca á los autores de un gran crimen. *Nadie vió nada, nadie sabe nada; nadie oyó nada, ni sospecha nada...*

¡Viven todos en una beatífica ignorancia!

Pero nó, digo mal; viven en una beatífica ignorancia acerca de lo que debían saber; pero saben más que Merlín acerca de lo que debían ignorar.

Los chismes de vecindad son su fuerte; y cuando en ellos se meten, que por desgracia, es á diario, Dios nos libre, lo que murmuran y lo que disparatan.

Y como ahora está de moda hablar contra los *clericales* ahí es donde cargan la maza de sus murmuraciones.

Y tan ciegos é implacables se muestran en su anticlericalismo que cuanto aparece en letras de molde y firmado por *D. Tancredo*, todo lo consideran obra de algún *Monasterio*; y no hay que decir si con tal motivo pondrán á la orden monástica como digan dueñas. Dicen que allí la borrachera está á la orden del día, y que de tanto beber y tanta juerga, la voz ya se le pone ronca á algún *monástico* que de vergüenza ya no va á misa, ni confiesa, ni ná.

¡Qué barbaridad!

Y no se conforman con esto las lenguas viperinas.

El ideal de los anticlericales es acabar con todo lo que represente orden y moralidad, y por eso ni siquiera perdonan á los maestros de escuela, sobre todo si son gijoneses.

¡Les tienen una inquina!

¡Hombre, figúrense ustedes! Al pobre maestro de Cué le llaman *Pelayo* y dicen de él que si *rufa*, que si no *rufa* que si *frecuenta*, que si no *frecuenta*; que si *cumple*, que si no *cumple*.

¡Vamos, que con gente así no se puede vivir, ni hay honra, ni reputación segura!

Y es preciso que este estado de cosas cese.

Y que renazca la tranquilidad en las conciencias llaniscas.

Para ello no encuentro remedio más seguro que el de recordar aquello de *zapatero á tus zapatos*, ó aquello otro de *procure ser en lo posible el que ha de reprender, irrepresentable*.

Y mientras esto último no pueda hacerse que se cuelgue la peñola, y cada cual se concrete al ejercicio de su honrada profesión, sin aspirar al papel de consejero y reformador de los demás.

Quien nació para ocharo no puede llegar á cuarto.

El papel más airoso para un abogado es el de la abogacía, y el de un maestro de escuela, la edu-

cación de los niños, siempre lejos de la taberna.

Y no hay más Carrasclás, carrasclás.

BOAL

UNA ENTREVISTA

—Hola, buenas tardes, tío Relina, ¡que milagro usted por aquí a estas horas!

—Felices, Pepe. No tiene nada de extraño; vengo a ver mis posesiones de Llaviada.

—Lo digo, porque le creía muy ocupado con las cosas de la república. Como ahora se dice que triunfan ustedes, creía yo que estaría preparando la sinfonía de la victoria, á fin de que no faltara nada á su implantación en Boal.

—¿Qué cosas tiene usted! Cá, nada de eso. Una vez me metí, casi en broma, y cien me pesó. Hay que ser tonto para no disculpar así; porque mientras no venga de arriba, nada; y cuando venga, será como ahora. Según mi vecino de enfrente, los que tengan triunfo arrastrarán, y el que lleve más votos á las urnas, aquel se llevará el gato al río.

—De modo que está usted arrepentido y da por perdida la causa de la república, á pesar del refuerzo de última hora, que les vinieron á prestar los elementos ultramontanos, seguramente, si no por inspiración de un Pontífice máximo, pero de levita, al menos con su consentimiento.

—Como arrepentido sí lo estoy. Porque aunque no tuviera otro motivo que la pérdida de buenos amigos, era bastante, y con la agravante de que los que ahora adquirí, no me sirven para nada. Digo mal: me causan molestia constante, porque como yo soy el oráculo de todos, está mi despacho convertido en oficina permanente y en vez de vender perrinas de pimienta, regalo con profusión consejos sanos y enfermos, según se me alcanza, con cuyo procedimiento cualquiera augura el fin que me espera. La causa de la república, no está perdida: aun no se señaló día para la vista y aunque el jurado, que es la opinión pública sensata, ha dictado á priori su veredicto de culpabilidad, puede haber revisión, y podrá suceder... Dios sabe lo que puede suceder. ¡El refuerzo que nos prestaron los ultramontañeses (y no ultramontanos como usted dice, aunque sea subrayado) no fué espontáneo, ni por lo bien que nos quieren, sino por lo mal que quieren á sus colegas, qué mandan en la actualidad. Por lo demás, créamele usted, Pepe, los que hoy nos administran y nosotros estamos de acuerdo, sin estarlo, en rechazar la ingerencia extraña con energía y con dignidad. Ellos y nosotros, antes que nada, somos boaleses.

—Pero diga, tío Relina, ¿cómo explica usted entonces lo del Maroto también de última hora ó de siempre?

—¡Ya! Perfectamente. Usted no conoce al barbián, y no sabe que siempre suspiró por una jefatura y que la acepta aunque sea del mismo demonio. Pues ahí tiene usted la explicación.

—Pues amigo, no lo entiendo; porque ayer tan papista y hoy tan... tan... tan talandoria.

—Pues velay, como dicen en Valladolid. Así son las cosas. ¡Ah! Y no pára en eso el Maroto, como usted le llama y yo apruebo, sino que tiene la vana pretensión de llevar consigo á los republicanos, y á este objeto ya nos visita, aunque vergonzantemente, en casa del Paco; y se ríe como un condenado. ¡Pero, cá, decimos nosotros, ¡eres turco y no te creemos!

—De suerte que no quieren nada con él?

—Ni á mí, porque tememos contagiarnos, y ya estamos bastante de su evolucionismo típico.

—Dejemos eso y que de Dios le venga el remedio. Decía usted que sus amigos de ahora no le servían para nada. ¿Cómo es eso?

—Le diré. Los hermanos Quin... uno por fin... y otro por flan... tarramplamplin... tarramplamplan. Es decir que es como el que tiene un tío en Alcalá que, no es tío, ni es nada. Y sus otros hermanos y los que no los tienen, el que más, y son muy pocos, sólo sirven para mandados, y como no hay quien mande, resulta que no sirven para nada.

—¿Y el del impermeable amarillo?

—Es un memo, vecino del cándido Benigno é igual á él. No sirve para malita la cosa. Digo mal, sólo se presta para hablar mal de lo curas, como yo hasta ahora, y su bello ideal es la pornografía.

—Pero ¿qué demonio se le metió en la cabeza á ese chico que tan torcida la lleva, y que tan derecho debía caminar por razón de familia?

—Dice usted mal: por razón de una de las ramas, muy bien: que lo que es la otra, coincide con su conducta y con su modo de ser. Pero dejemos á este paso ligero que no merece nada, y pasemos á otra cosa, porque veo que usted está hoy muy preguntón. ó muy curioso.

—Efectivamente. Va siendo noche. Viene usted para Boal, y así podremos ampliar nuestra conversación.

—Sí, espere un momento. Voy á dar una cartita aquí á este esbirro, mi inquilino, para que mañana vaya á entregarla á un cacique mayor, que solicita nuestro concurso para fines non sanctos, diciéndole que si quiere sacar el ascua con mano ajena que se lleva chasco al menos por el patrón y por mí: aunque se nos quiera suponer bajos, no tanto, que soportemos papel tan vil como otro, ó otros.

—¿Quién es el patrón?

—¿No lo sabe usted? Su tocayo, hombre honrado y bueno, nuestra cabeza, nuestro pecho y hasta todo nuestro cuerpo, quien nos da calor y vida. Es en fin un hombre á quien sus adversarios no le ponen más tacha que ser delgado y haberse hecho republicano.

—Pero ¿lo será de veras?

—No, hombre no.

—Para terminar, Relina, ¿qué opina usted de la política local?

—Pues que el Ayuntamiento actual y sus amigos triunfarán legalmente siempre y mientras siga unida esa formidable familia de los Calceiros que cada día se le ve medrar. Pero no obstante, si el cacique occidental se empeña, caerán, aunque sea para levantarse más potentes.

—¿Por qué se separó usted de ellos y sobre todo de su íntimo el Secretario del Ayuntamiento?

—¡Ay amigo! Por nada; no tuve motivo. Cometí yo el pecado de hacerme republicano y la dulzura de las palabras de la madama de Navia, confieso que me ha sugestionado; y, créamele, me causa nostalgia y pena honda la carencia de su amistad. ¡Fui un mentecato! Pero volveré á ser bueno y amigo. No me falta más que el abuelo me diga: «á discreción» y ambos á dos nos restituiremos al regaz cariñoso de nuestros antiguos amigos.

—Me alegro y serán bien recibidos, sobre todo, por aquello de rechazar ingerencias extrañas.

—Mucho que sí.

—Para despedirnos. ¿Por qué escribe usted tan mal, en el papelucho de Navia, contra los señores curas de este concejo, siendo tan buenos?

—Tiene usted razón. Pero colocado uno en la pendiente, y con humos endemoniados que yo tengo, no hay remedio: ó subir á la cúspide ó precipitarse en el abismo. Sin embargo me arrepiento; soy un calumniador, y le doy á usted palabra de hombre, no de republicano, de volver á ser quien era y volver á mi nombre: porque el uso del seudónimo me dió mal resultado. ¿No sabe usted cómo me pone un tal Marte, que Dios confunda, corrompiendo ó confundiendo mi nombre con Relincha, sin duda porque alguna vez desafiné en la orquesta ó murga de que formo parte principal.

—Si lo sé, pero todo se olvida. Ya sabe usted que le quiero, porque estoy convencido de que no es usted tan malo como parece; por tanto que suene la voz del venerable: «á discreción», y vuelta al redil, olvidando para siempre las melodías de la hembra de El Porvenir que, al parecer le causaron grave daño.

—¡Oh quién pudiera hacerlo! Pero... en fin lo haré.

—Conque... sea enhorabuena, y adiós.

—Venga esa mano. Adiós, y no olvidaré jamás esta lección!

—¡Jesús...!

—Qué, se ha constipado.

—Sí.

MIERES

VAPULEO

El sábado de la semana pasada ocurrió una explosión de grisú en la mina Mariana, de la Fábrica de Mieres, á consecuencia de la cual perdieron la vida seis infelices trabajadores.

Esta desgracia que impresionó vivamente á todo el pueblo de Mieres ha sido, como todas las de la misma índole, explotada, políticamente hablando, por los muñidores socialistas de la manera más escandalosa y atrevida.

El corresponsal que tiene en esta villa La Escupidera habrá sentido como sentimientos todos la dolorosa catástrofe de la mina «Mariana»; pero in internis ¿quién sabe si el Huelgo ese se habrá refocilado, y dicho para su capote: ahora, ahora sí que voy á dar un buen meneo á esos burgueses sin entrañas?

Ahora, diría el corresponsal, sí que voy á poner como chupa de dómene á esos que beben la sangre del obrero lo

mismo que bebo yo las copas de aguardiente.

O los cazadores de vino tinto.

Y efectivamente, el famoso corresponsal, más corresponsal y más famoso que el inolvidable Trocas, en La Escupidera del día 11 del corriente suelta la peñola...

con tanta cólera y rabia que donde pone la pluma el delgado papel rasga.

Lo mismo que si fuera el moro Tarfe. Aunque es verdad que el Huelgo de Mieres, no se llamará Tarfe, pero moro... moro, apuesto algo á que le falta poco para serlo.

Por lo menos, en muchas cosas tiene instintos y gustos propios de los hijos del desierto.

¡Africano neto!

Entre otras cosas, dice el corresponsal á La Escupidera que «en la reunión general verificada el lunes por el Gremio de mineros, se acordó por unanimidad publicar un manifiesto poniendo de relieve la catástrofe...» y además «se acordó remitir un escrito al Sr. Director de la Fábrica de Mieres, señalando en él (en el escrito, no crean ustedes que es en el Director) las responsabilidades y pidiendo la destitución de todos aquellos que con sus torpezas contribuyeron á los tristes sucesos que dejamos señalados.»

No seré yo quien me meta á defensor de ninguna empresa y menos de ninguna empresa fuerte y poderosa, porque parece que cuanto más poderosa es una empresa más bajo concepto forma de la dignidad humana y con más desprecio mira la vida de los desheredados de la fortuna.

No, no seré yo quien adule á los poderosos nada más que porque lo son... Pero de eso á cargar todo el mochuelo sobre determinada parte, nada más que porque sí, eso tampoco me parece justo y racional.

No sé en qué pudo consistir el origen de la última catástrofe de la mina Mariana; pero de otras catástrofes se sabe perfectamente que si ocurrieron no fué debido á torpezas de la empresa, sino á imprudencias de los mismos obreros.

Ignoro si la agrupación pasó al Director de la Fábrica de Mieres el escrito acordado. Lo que no ignoro es que la misma agrupación publicó el manifiesto poniendo de relieve la catástrofe.

El tal manifiesto, por lo pésimamente redactado que está y por las muchas vaciedades é insulseces que en él se estampan, parece ser obra del corresponsal Huelgo, del antiguo V. H.

Dice el manifiesto que la catástrofe ocurrió en la mina Mariana «propiedad de un potentado, de uno de esos seres privilegiados que derrochan á manos llenas el producto del sudor que exprimen á miles de trabajadores.»

¡Ajajá!

Y ahora ¡vayan ustedes con mimos y contemplen gaitas en honor de ciertas gentes!

Y ahora ¡crien ustedes cuervos, qué demontre!

No crean ustedes que voy á seguir copiando el manifiesto (¡!) de la agrupación. ¿Para qué?

Todo él se reduce á unos cuantos redobles de tambor para concluir diciendo que el obrero debe agruparse... y suscribirse á La Aurora.

Esto último no lo dice el manifiesto, pero es como si lo dijera.

Porque vamos á ver: ¿qué adelantan los obreros con agruparse si no se suscriben á La Aurora Social?

Nada, aholutamente nada.

Como que el fin primordial de la agrupación es procurar que no falten las sopas de ajo al ínclito Vigil.

Y conste que esto de sopas de ajo es una metáfora.

Pero aunque no siga copiando el manifiesto no estará demás que les diga á ustedes quién es el potentado á quien La Comisión firmante del manifiesto pone como no digan dueñas.

Pues el potentado ese que derrocha á mano llenas el producto del sudor de miles de trabajadores es el señor D. Ernesto Guilhou, á quien el mismísimo Vigil, el leader, con la firma de Alemán llamó en el Heraldo de Madrid «PATRÓN MODELO» porque el Sr. Guilhou guardaba con sus obreros toda clase de consideraciones y respetaba los acuerdos de los obreros asociados cuyas comisiones recibía galantemente en su despacho, llegando en muchos casos á una perfecta inteligencia para la solución de cuantas dificultades relativas al trabajo podían suscitarse.

De modo que no habrá más remedio que esperar á que Vigil el Alemán y la Comisión del manifiesto se pongan de acuerdo para saberlo que es el señor Guilhou.

Si un patrono modelo ó un bebedor de sangre obrera.

Peró no, dejando á Vigil con su parecer y á la Comisión con sus simplezas, yo creo que los obreros de la Fábrica de Mieres no tienen motivo de queja para con el Sr. Guilhou.

Míren los obreros la conducta del señor Guilhou solamente para con las Sociedades «Cooperativa» y «Caja de socorros», administradas independientemente por los mismos obreros, y digan si tiene razón la Agrupación socialista de Mieres para arrojar sobre dicho señor las crudas frases que arriba dejo copiadas... para vergüenza del mequetrefe que las haya dictado.

Dice Huelgo que uno de los cadáveres de los mineros muertos en la mina Mariana tenía la cabeza hueca.

No es raro ver la cabeza hueca á una persona muerta por efecto de una catástrofe.

Lo sorprendente es vérsela hueca á un hombre vivo y coleando como está Huelgo.

Porque no me negará Huelgo que tiene la cabeza hueca.

Por lo menos el sonido á calabaza no hay quien se lo quite.

El Dómene Giraldo

BOMBEOS DE "EL BOMBO"

El Bombo salió de madre.

Viene desbordado.

Se le subió el humo á la chimenea, de tanto aguantar, y liándose la manta á la cabeza da tajos y mandobles á diestro y siniestro por ver si llega al blanco; pero ¡quitollis!

El infeliz anda completamente despistado, y no sabiendo contra quien dar, da contra su sombra.

Y su sombra, á lo que parece son unos individuos de la Corte de D. Silo.

¡Como si fuera preciso ir tan lejos para encontrar personas aptas y con más que sobrada intención para cantar á los fantoches de El Bombo las verdades del barquero!

Esos señores á quienes el colega alude, no tienen agravios que vengar en Navia, ni conocen á Calzada ni á Relina ni á sus abuelos ó tartarabuelos, y por añadidura les importan un bledo las chifladuras de los republicanos de por ahí.

De suerte que puede llamar á otra puerta; porque aquí no hay posada.

¡Parece mentira que todo un Calzada no tenga más acreditada la pituitaria!

No se necesita ser muy lince para conocer que lo que trae mareados y atortolados á los de *El Bombo* no puede ser obra de gente extraña.

Las cosas que EL ZURRIAGO refiere con toda copia de detalles ¿pueden ser obra de quien vive á tantos kilómetros de distancia?

Si Calzada calzase los puntos que por desgracia suya no calza, á cien leguas comprendería que los enemigos no están lejos; que los tiene, como quien dice dentro de su propia casa, y que allí es donde debe procurar darles caza; aunque desde luego le aseguro que no lo conseguirá.

¡Pobre Carlos!

¡Vaya un papel más desairado el que está desempeñando!

Hasta las piedras de los caminos se levantan contra él.

Y clama al cielo y á la tierra y á todos los elementos, y nadie acude á socorrerle.

Y en trance tan apurado sólo se le ocurre echar la culpa de todo á los curas, que tienen la espalda ancha y pueden cargar con un muerto más.

Pero ven acá, *condenado*; aun sin citar lo de *El Pensamiento de Asturias* ¿son curas, son cortesanos de D. Silo los que desde un periódico tan avanzado y revolucionario como *El Combate* de Madrid os ponen en solfa á tí y á Relina, diciendo más, mucho más que cuanto ha dicho EL ZURRIAGO?

Y los que escribieron aquello, y otros muchos como ellos que no os pueden ver ni pintados, ¿no podían vivir en Navia, ó en Boal, ó en otra parte parecida, pero próxima á Navia, para zurrarte la badana como mereces, y tomarte todos los puntos hasta en sus más ínfimos detalles?

¿Quién hay tan cerrado de mollera que no distinga entre lo que se escribe por meras referencias, ó por cuenta propia y como testigo presencial?

Las *Chispitas* tuyas por ejemplo, que no son chispas ni son *na* ¿quién no ve que están escritas por persona que anda á ciegas completamente en todo lo que dice, y desconoce por lo tanto la realidad de los hechos que pretende narrar?

Ya, ya iremos allá, y verá el Sr. Calzada que no es lo mismo hablar por cuenta propia y con conocimiento de causa, que por boca de ganoso, que en el presente caso, bien pudiera ser algún praviano *indígena* casi recién llegado de Cuba, como diría *El Carbayón*.

Porque sólo *indígenas* de la clase citada pueden ignorar que ni el Director, ni los fundadores, ni los redactores de EL ZURRIAGO son de Pravia, ni viven en Pravia, ni siquiera en Pravia pensaron de primera intención, para imprimir el periódico...

Y por lo tanto ¡que tocas el violón Carlos, que tocas el violón!

Pero lo importante por hoy es hacer constar que *El Bombo* después de haber tragado saliva veinte semanas, rompe ahora el silencio para defenderse, y lo primero que para ello se le ocurre es hacer una excursión á los tiempos prehistóricos y venirse luego por los Cerros de Ubeda en dirección todavía desconocida.

¡Ni una palabra siquiera ha tenido que oponer á cuanto EL ZURRIAGO ha venido diciéndole hasta la fecha!

Estos republicanos son así:

Para ellos todo el mundo es grosero, mal educado, provocativo, vicioso, ignorante y no sé cuantas cosas más todas ellas peores, y en cuanto ellos abren la boca se les escapa un insulto ó una majadería.

¡Si serán majaderos!!

NOTA:—Aunque los cajistas no pusieron cursiva en *tartarabuelos*, conste que en el original estaba indicada,

SIDRA CHAMPAGNE, marca ASTURIAS

Compíte con el Champagne

Vigil, Blanco, y R. Monte.—VILLAVICIOSA

EL QUE MAL ANDA MAL ACABA

Cayó el impio y pérfido Vigil. Ese energúmeno que por espacio de cinco años ha venido gozando de escandalosa impunidad para insultar y escarnecer, desde las columnas de *La Aurora Social*, la religión, sus misterios, sus dogmas, su culto, sus ministros y todas sus sagradas ceremonias; ese enloquecido sectario que aguzaba todo su ingenio para blasfemar horriblemente contra Dios y los santos, ha caído al fin en las manos de la justicia.

Nadie de Dios se burla impunemente. ¿Había de burlarse un vil insecto, mil veces más insignificante y grotesco que un Voltaire y un Zola cuyo desgraciado fin es bien conocido?

Los caminos de la Providencia, en la cual no cree el Director de *La Aurora*, son muy varios; pero llevan siempre al fin que ella se propone.

Así se ve que en estos tiempos en que parecería candidez esperar de la vindicta pública un pronto y adecuado castigo contra el horrible blasfemador en el periódico socialista, porque no suele ser el empacho religioso la enfermedad reinante, suscitó Dios de improviso como si dijéramos, un celoso y dignísimo Abogado Fiscal en nuestra Audiencia, el cual viendo ya colmada la medida de la osadía y de la desvergüenza sacrilegas denunció uno de los innumerables artículos escritos por Vigil, lleno de groserías, de cieno, de inmundicia, por considerarlo como un escarnio á la Religión, delito previsto y penado en el número tercero del artículo 240 del Código Penal.

Y, en efecto, el día 15 del corriente se vió en la Audiencia la causa, y el Jurado dictó veredicto de culpabilidad, condenando el tribunal de derecho al procesado D. Manuel Vigil y Montoto, autor del artículo y Director de *La Aurora*, á TRES AÑOS, SEIS MESES y VEITUN DÍAS de prisión correccional, accesorias, costas y multa de 250 pesetas.

Seale el castigo leve á ese desgraciado sectario.

Al fin ha logrado el *leader* estrellarse precisamente contra esa Religión sacrosanta á la cual tanto odia y tan encarnizadamente perseguía.

¡Altos juicios de Dios!!

Desde la cúspide de su grandeza satánica se ve ahora Vigil precipitado al abismo de su nada.

Ya veremos si en la oscuridad del calabozo aun le quedan al *leader* ánimos para hacer chistes burlándose de Dios de la Religión, y calumniando á sus ministros.

Zurriagazos

Yo no sé cómo hay asturianos que se aburran mientras tengamos la *Aurorilla* de mi amado Vigil.

Porque basta echarse un número á la cara y ya se ríe uno lo indecible.

¿Qué hablan ustedes de cómicos, de payasos y de histriones?

Donde está el papel de Vigil boca abajo todos los tipos risibles.

Hasta los mismos socialistas se ríen de él.

Leyéndolo de gorra.

Esto de leer de gorra un periódico habla muy alto en pro de la patita de sus redactores.

En cuanto veo que, teniendo facilidades para ello, no pagan los corresponsales y los suscritores, ni aun suplicándose el periódico de la manera más terminante, digo yo para mi capote:

—Vaya periódico que pour rire, pas pour payer.

Y lo digo en francés porque soy amigo de uno que estudió lenguas vivas.

En *The Berlín school* ovetense.

Pero volvamos á mi tema.

Y tengamos compasión de los periódicos que no quieren pagarlos ni aun quienes lo reciben.

Vigil, en medio de todo, es digno de lástima.

Y lo peor es que puede que Eduardo Uria el impresor, no será tan compasivo como yo.

Y que dirá á Vigil:

—Paga, Manolo, y no seas como tus compañeros.

Pues decía que se ríe uno lo indecible con el papelito de Vigil.

Pero ante todo conste que yo me contento con reírme de él.

Y que pagó mi suscripción con toda puntualidad.

Claro, ¡como que no soy socialista!

¡Y aun me trata Vigil con un desprecio soberano...!

Pues con eso y con que sea yo el único que es puntual en el pago de *La Aurora* estamos aviados.

Si señores, yo pago la suscripción.

Porque necesito leer ese ciempiés.

Y Vigil no me lo manda.

Y yo no gusto de leer de gorra.

Ni aun tratándose de periódicos ridículos.

Ante todo la moral.

Incluso tratándose de periódicos á quienes acaso no convendría pagar.

Para que se murieran primero.

Cojo el último número, y veo que después de publicados doscientos diez y seis, todos ellos dedicados á ponderar lo necesario que es á los obreros trabajar por la causa, sale Vigil combatiendo la apatía de sus compañeros.

Ah ¿pero aun estamos así?

Pues, hijo, eso fuera bueno para los primeros números.

Vamos; se conoce que la labor de Vigil se parece mucho á la del herrero que machaca en hierro frío.

¿O es que esa apatía es la de los lectores?

Yo creo que á ésta alude Vigil.

Duro pues en los compañeros.

Por apáticos... y por gorriones.

Que para el caso viene á ser lo mismo.

Hombre, digo, Vigil; á propósito.

Aunque yo nací más pobre que las arañas aunque no puedo disponer de los recursos extraordinarios que á tí te proporciona el Comité provincial, de que eres digno presidente, tengo sin embargo todos los trimestres un pequeño *superavit* que me permite disponer, como ya te dije, de mil pesetejas que ignoro dónde colocar.

Si tan apurado te ves yo me ofrezco á entrar en tratos contigo prestándote lo que necesites para salir de apuros.

¿Condiciones?

Dos tan sólo.

Que me presentes un fiador.

Y que no vuelvas á escribir tonterías.

De intereses no hay que hablar entre buenos amigos.

¿Que esas dos condiciones son irrealizables?

Pues, chico, yo no creo que pueda pedir menos.

Se conoce que los corresponsales y suscriptores «morosos» han dicho á Vigil que no pagaban porque la *Aurorilla* está escrita con los piés.

Y el bueno de Vigil, asiduo lector de mis vapuleos, se ha convencido de que á sus deudores les está sobrando razón.

Así les dice en el número aludido:

«A falta de pan buenas son tortas. Bien quisieramos nosotros que este semanario fuera escrito por periodistas eminentes, pero como no los tenemos nos conformamos con los emborrionadores de cuartillas que tenemos.»

Pero lo que dirán los gorriones:

—Amigo Vigil, á falta de pan buenas son tortas. Bien quisieramos nosotros pagar un periódico bien escrito y con sentido común, donde ese pícaro ZURRIAGO no descubriese tanta gazapería.

Pero como ese periódico no existe nos contentamos con leer el tuyo.

Pedir que además lo paguemos ya es mucha gollería.

De «deberes incumplidos»

uno habla desde Gijón

uno de los más temidos

majaderos atrevidos,

que firma Manuel Bayón.

Y excuso decir que escribe en *La Aurora*.

Y que dice muchas tonterías.

Veán ustedes qué melón

nos resulta ese Bayón:

«Si; es necesario decirlo muy alto para que llegue á conocimiento de todos los que quieren sentar plaza de ciudadanos, progresivos, para que de ese modo se convenzan de que no merecen el calificativo que ellos se quieren dar, cuando dejan deberes incumplidos que son tan necesario para dar al traste con este régimen de privilegio y de eterna mentirijilla.»

¿Pero quién será ese majadero que desea imitar las ridículas altisonancias de Alvarito el fracasado?

Y luego habla de progreso, de ciencia, de adelantos modernos...

Pero, Vigil, ¿quien diablos va á pagar eso?

UN VALIENTE

El Abogado Fiscal Sr. Vallauré acusador contra Vigil en la vista de la causa sentenciada el pasado martes, dió pruebas de gran temple de alma durante la acusación, á despecho de la turbamulta de anticlericales que le escuchaba con visibles muestras de desagrado, (es natural), y se acreditó de valiente cuando al salir de la Audiencia se vió insultado por aquella misma taifa.

Al que más soez se mostraba, trató de meterle en razón con argumentos contundentes, pero el pobre diablo llamó á los pies compadres librándose así de las sanas intenciones del Sr. Vallauré, quien en vista de esto, se volvió al grupo de provocadores en medio de la calle y dijo en alta voz:

—«A ver, vengan uno á uno; aquí estoy para lo que se guste.»

Estaba solo, pero nadie se acercó: todos callaron y mohinos marcharon cada uno por su lado.

Esto no lo cuenta *El Progreso de Asturias*, sin duda por olvido, pero lo digo yo, para subsanar la omisión del periódico defensor del defensor de Vigil, y para honra del distinguido representante de la ley, tan injustamente provocado por la chusma sectaria.

FOTOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA

E. GOMEZ.

TALLERES: Glorieta de Bilbao, 5, MADRID
Plazuela de los Molinos, 6, LUARLA

De paso por esta población, sólo por unos días, en vista del gran éxito obtenido en el poco tiempo de residencia en esta comarca no ha dudado establecer en esta villa de Pravia, una ambulancia con todos los adelantos conocidos hasta el día y proporcionar cuantas comodidades el público requiera. Además de los innumerables trabajos se hacen esmaltes en colores, platinos fotografías iluminadas á la acuarela ó al óleo.

Ampliaciones al platino, al óleo y al clarión. Reproducciones por deterioradas que estén. Todo hecho con la perfección debida y reconocida por el público luarqués y el público de Pravia que lo observará al hacer los encargos.

Precios sumamente baratos.

Ampliaciones de todas clases y tamaños desde 15 pesetas en adelante.

Horas de retratarse: de 8 mañana á 5 tarde. No importa que esté nu- blado.

Se retrata á domicilio sin alteración de precios. HOTEL VICTORIA PRAVIA.